

ÁLVAREZ ORTEGA

INTRATEXTO



Álvarez Ortega

INTRATEXTO



Devenir



DEVENIR/EL OTRO

DEVENIR / EL OTRO 3
Colección dirigida por Juan Pastor

INTRATEXTO

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

INTRATEXTO



DEVENIR/EL OTRO

Primera edición: Enero, 1997

© Manuel Álvarez Ortega

Juan Pastor, editor

Apartado 35. Tel.: 816 92 10

28970 HUMANES (MADRID)

I.S.B.N.: 84-86351-85-5

Depósito Legal: M. 5.860-1997

Impreso en Graficinco, S. A.

Eduardo Torroja, 8 • Fuenlabrada (Madrid)

Printed in Spain

*Le poète est hors du langage, il voit les
mots à l'envers, comme s'il n'appartenait pas
à la condition humaine.*

JEAN-PAUL SARTRE

DESLIZAR la pluma por la superficie de una hoja de papel, acogerse a su halago, oscura determinación, ¿es un aplazamiento expuesto a la virtualidad, o una entrega a lo que gravita ya en otra perspectiva? En un espacio desconocido, supeditada a imprevistas incitaciones, la pluma abre su persuasivo itinerario, dice su significado en el momento de ser, lo que le diferencia de lo inerte, lo que no nace sino por un fulgor interior, un mágico deslumbramiento. Porque la pluma, al escribir, más allá de los signos, alza un muro que nos aísla del mundo, crea una heredad en donde somos habitante único.

EN la conjunción de dos realidades no definidas resplandece la poesía: lo que nos somete, lo que nos inventa o nos lleva al último estado, es decir, al origen. Una sucesión de signos crea la existencia cuando, al transcribir ese estado, hallamos el equilibrio entre lo que nos ilumina y nos oscurece, el espacio que nos entrega al escrito y su inducción. La respuesta a esa realidad interpolar es siempre una identidad entre dos transparencias envolventes: nos integramos en lo inmediato por el signo y sus oscuras conexiones, o sea, escribir es un acto de posesión, aunque imperfecto.

VIVIDA la experiencia en su profundidad, lo que no es gráfica representable sino flujo de una marea existencial, en el poema, emergemos a la superficie de un mundo que no nos es habitual, un existir entre los resplandores de un tiempo confundido en la memoria. Abrir ahora un nuevo espacio, implantar en él otra configuración, es nuestra inmediata diligencia. En esa perspectiva la claridad se intercala de seguras oscuridades, diligentes deterioros que crean su acomodo en lo que abusivamente nos sorprende. La coincidencia entre lo escrito y lo representado formará el espacio que se hará perpetua verdad en la blancura del papel.

LAS coordenadas del poema no son siempre susceptibles de precisión. Una tirada de dados puede abolir el azar. Pero el esquema del discurso no puede sino configurarse en el plano de la realidad: una figura, por superposición, sucede a otra, habla con el mismo código, se transfiere, y así, cerrado el lugar a cuantos enigmas se neutralizan, tiene nacimiento la nueva materia, no como reflejo de una esencialidad sino como trasunto de una revelación. Basta exponer el destello que dimana de las líneas para que, lo que no es sonido sino espacio vitalizado, se sedimente en un núcleo del que surgirá la luz que asegure la esencia del poema.

LA experiencia humana, en el texto, converge con la experiencia poética en un punto capaz de desencadenar una reacción no prevista por el lector. El espacio poético convenido se hace entonces un campo de evocación. El lector, que intenta acceder a un pensamiento concreto, preconcebido por él, se desconcierta, pues ningún área mental puede asimilarse de súbito y nunca la palabra puede por sí reivindicar lo que aún no está determinado. La incoherencia poética se manifiesta siempre en quien se separa del orden elemental del pensamiento o cede al impulso que hace crecer el poema hacia su propio interior.

UNA vez la escritura iniciada se nos prohíbe regresar: el objeto entrevisto está ahí, en nuestra mente, sacralizado, y nos fulmina con su evidente luminosidad. Dar a ver lo que aún está por ser, oír lo que el silencio promulga, es contemporizar con la abstracción, que sólo se manifiesta en la consciencia del lector. La palabra nos estimula con su verdad, lo que significa y lo que esconde son puros ejemplos de confianza o de distanciamiento. En ese pendular encuentro de realidad e irrealidad nada se da al azar, hay que aceptar el breve divorcio o la unión perdurable, dos tardías vocaciones, para no ser eternos náufragos en un cosmos contaminado por la banalidad.

EL poema se nutre de materias no siempre conocidas, más bien como ejercicio de un intercambio con una realidad que no está del todo manifiesta o que cede parte de su sustancia o que es reflejo de una simulación. Esas materias son útiles de una química particular: hacer de la existencia real un dominio de virtualidades surreales, en un espacio que nadie monopoliza. Cuanto se infiere de ese proceso de asimilación es un dardo arrojado al espacio del poema, una segregación que el poeta, de regreso a sus coordenadas habituales, neutraliza, en tanto hace que se ilumine el orbe más oscuro o que lo que estuvo muerto, con tan ejemplar concordancia, resucite.

CRECE la línea, su aventura paralela a la evocación de sus signos, y, como el latido de un corazón inexistente, así vamos de rasgo en rasgo, en el vacío de papel. Queremos trascender un vivir que acaso no tuvo lugar, algo estático en sí mismo, indescifrable al fin. Un universo anterior se oculta a nuestra percepción, lo que creíamos saber se niega a ser representado, el código de nuevas señales va de renglón en renglón, vértigo y víctima excedente, iluminación súbita en una contradictoria oscuridad. Falta que, concebida la palabra justa, cada línea, desprendida de sus iniciales augurios, nos ceda sus dones, o, en otra realidad más profunda, no nos niegue o maldiga.

EN medio de una trasgresión de signos, a veces, surge un súbito destello, y, donde antes hubo una sima de oscuridad, se establece ahora un universo que estaba subyacente. La página ha sido traspasada por el relámpago de la palabra justa. Desde ese instante se percibe otra realidad, que exterioriza su imagen con ejemplar insistencia. Y, al margen de esa circunstancia, ya trascendida, el poeta intercambia su referente virtual por un devenir exterminante, la consunción en el milagro. Sólo la poesía, cuando toca con su luz más obsesiva, puede transfundir lo cotidiano en una ininterrumpida, gloriosa, anhelada asunción.

LA poesía tiene su propio espacio, aunque inestable, y en él, lo que ya estaba creado, ante una nueva perspectiva, puede declinar hacia la abstracción, la materia vuelta a su origen. Entonces el fluido que emana de esa nueva circunstancia puede sobreponerse al que ya estaba explícito, que se hace complementario, pues lo que fue apariencia en un momento, imagen refleja, se materializa en otro, que es enriquecido por otra más firme entidad. La fidelidad de un poema a sus vías de exploración es aleatoria y sólo se corresponde en el espacio cerrado del poeta, víctima o héroe entre el caos de signos que se obstinan en su afirmación.

LA imagen, artificio fabulador, no es sólo un juego de resonancias que tiene apoyo en la realidad formal, sino la complicidad de un desarraigo entre los sentidos y las sensaciones, una relación recíproca en una trama de intenciones, dentro del vasto mundo de ejemplos del que la consciencia forma parte y da testimonio. Es también como una respuesta al improvisado delirio que el poeta, entre otros delirios complementarios menores, sanciona con su verdad, que es, al fin, la esencia del poema.

ANTES de su configuración, el poema es sólo entrevisto como un referente de la experiencia humana; luego, desconocido aún el presupuesto que comporta, el complejo de sus reflexiones, intenta mediatizar la página con el artificio de su fabulación. Hay voluntad de vida en los signos escritos, pero la disonancia de estímulos a veces hace del poema un campo de contrarias vicisitudes, algo que puede sustituir la verdad esencial del poema por un acúmulo de banalidades. La materia gráfica entonces no se corresponde con la realidad que ella misma intenta trascender, sino que, como marco formal, se desenvuelve en un mundo en donde la inexperiencia poética y el desorden del pensamiento, en su abstracción más precisa, al sistema de comunicación se contraponen.

PERO ¿en dónde tiene lugar la propuesta que a tan equívoco mundo nos confía? No es más profunda la concepción, ni más alto el juicio de su circunstancia, si en el poema el clima hallado se contrapone al deterioro que nos lleva a la esterilidad. Un hilo une lo que creemos esencial, la serie de presagios que en lo anteriormente vivido se desenvuelve, el nuevo orbe que se crea en torno a nuestra propia especulación. En todo instante, con cualquier contingencia, cuando el fuego de una purificación interior niega al poema su propia resonancia, por muy fiel que sea el gesto, en vano la verdad del poeta se abrirá a la gloria de tan explícito destierro.

ANTE una nueva revelación, el poeta, testigo de una certidumbre permanente, se vuelve hacia su propia interioridad. Pero en esa traslación, donde confluye vigilia y sueño, la palabra, que era como un lugar de paso, se hace sedimento de un fluido oculto, alimento esencial. Los sonidos, otro tiempo velados, clausurados los signos, no comportan nada, si en el momento de la escritura el poeta no oye esa voz neutra que hace de su vivir el cotidiano milagro. Porque la poesía, en toda circunstancia, revelada o no, señala el paso de una a otra realidad, da su bienvenida, pero también entrega al poeta al duelo de su servidumbre, su contradicción.

LUZ secreta para el lector, el poema, astro urgente, se manifiesta, más por sus signos que por la música convencional de su territorio escrito. Hay, alternativamente, iluminación y oscuridad, milagro revelado y farsa evidente. Pero en medio de esa alternancia de incitaciones, de súbito se produce el suceso, algo que antes pudo tener razón de ser y no fue, y que ahora, desde su todavía ausencia, pide existir, hacerse cuerpo. En esa circunstancia, el poema, aún germen, se halla disperso, fragmentado, objeto de múltiples contradicciones, y, por más voluntad de síntesis que se proponga, nunca consigue ser uno, totalizarse.

ESA heredad, que es la hoja de papel, por donde nuestra fábula circula, nos lleva a un ámbito de revelación, de conocimiento. Desprendidos de una existencia anterior, respondemos al texto con nuestra doble percepción: la imagen escrita y la evocación de sonidos que sus signos en nuestra mente determina. Sensación y sentimiento se corresponden, realidad e irrealidad son equivalentes: una conjura de neutras formas que en su propia trama se encarcela. El poema entonces no es sólo un ensalmo que da origen a un orbe imaginario sino también la secuencia escrita de un trasmundo que refleja todo lo que en nuestro interior, desde siempre, vive.

EL texto escrito, más allá de su significación, comunica, además del esquema de su propia estructura, el código ideográfico de las tensiones del poeta. El poema, en esta colisión de formalidades, es en sí mismo, la respuesta visual de una concepción imaginariamente manifestada. La proximidad o la similitud de percepciones lleva a la cohesión de formas, y la respuesta poética, que no tiende sólo a sustanciación de signos sino a interpretaciones existenciales, se hace viva materia, convulsión interna, en aquel que la percibe. Poesía, en todo caso, más que conocimiento, es inmersión en el ser.

PERO la escritura trasciende la blancura de la hoja, en donde se inserta, según la identidad de las revelaciones interiores del poeta, es decir, lo que todavía es sólo abstracción y a través de un súbito impulso intenta manifestarse. Los signos entonces se apresuran en su alineación, son como elementos temporales, y, en esa dualidad de individualidades contrapuestas, el espacio creado despierta a una existencia comunicativa que, encuentro ocasional, aún no tiene representación. En cada poema, si hay deseo de verdad, es decir, de separar vida de cosa muerta, la sugerencia que los signos despiertan no es expresión de un algo parcial sino preludio de un todo que está por nacer.

EN el curso de la fabulación, un espacio blanco manifiesta lo que no puede ser dicho, o no tiene representación, o es sólo una apariencia que depende de una circunstancia marginal. En la sucesión de signos que compone el texto, a la que hemos dado ciertas significaciones convencionales, se puede formular cómo es la cosa, pero no qué es la cosa. El espacio blanco, esa repentina pequeña nada, sabe decir entonces cuanto el lector previamente se ha formulado, pues se llena de elementos que, incapaces ya de cualquier formulación, no se corresponden. En esa superficie de vacíos representables, la poesía no se ve ni se oye: se vive.

ENTRE el texto preconcebido y el texto escrito existe una diferencia de tensión, origen de la lógica del discurso: el signo en su dibujo estable y el motivo que lo configura, lo que es fugacidad y lo que permanece, convergiendo en un punto que dista de lo real y lo imaginario. En ese instante, más que la imagen, lo que importa no es lo que los signos son en sí, sujetos de escasa o nula significación, sino el fluido que de ellos trasciende. El poema entonces es la traslación objetiva de una voluntad transgresora, la representación de una verdad que queda configurada en su propia marginalidad.

EN el transcurso de la escritura, el signo, individualidad sonora, en contacto con el soporte que se le asigna, la hoja de papel, es la materia que da testimonio de cuantas fabulaciones han sido entrevistas. Donde antes había un campo abierto a un sistema de señalizaciones, ahora se establece un lugar de encuentro de estructuras sonoras, un proceso de verbalización que, a través de un gráfico sistema transformable, es capaz de producir el milagro: hacer evidente lo que antes era sólo previsible, o sea, separado el juego de resonancias, tener la posibilidad de ver, tras los signos, el interior de lo que los demás llaman lo real.

CONOCIDAS las habituales interrelaciones sonoras, lo que adquiere preeminencia en el acto de creación, no es la relación de signos sino el esquema de la traslación de sensaciones que, en un sistema de realidades primarias, definen revelaciones interiores. Comunica verdad esta relación cuando, separada la sugestión verbal del suceso que la inspira, la disposición de signos es consecuente con la verdad interior, no como cauce de ningún concepto prejuizado. En poesía, el nódulo esencial, en su adscripción más íntima, es el reflejo de un contrapunto en donde subjetividad y objetividad se superponen.

CADA verso, al integrarse en el poema, exige su correspondencia en el verso que le sigue, formar cuerpo con lo previsto pero todavía no hecho realidad. En el crecer del texto un fluido va traspasando incesante el ámbito de la razón y sus contradicciones, lo perceptible y lo que está subyacente, en espera de, en tal dialéctica, alcanzar su forma última: el poema al fin realizado. El poema, pues, vaga en un orden de relaciones y transformaciones comprobables, y, ante lo posible, que es revelar lo que oculta su esencia, se hace evidente, imagen misma de la existencia expresada en su verdad.

SOBRE la hoja en blanco, el poeta, taumaturgo accidental, trasplanta un código de señales, el manifiesto de un territorio inducido. Fluye entonces como una savia que quiere vivificar el vacío del papel, universo a conquistar, y, llevada de su eficacia, intenta diseminarse por el previsible campo, renglón a renglón. El conjunto de signos que aún no estaban fijados, resueltos ahora en el papel, dirá si traspasada la experiencia, alineados los grafismos y sus sonoridades, el poema, arrojado como semilla al espacio, puede en el espacio del lector germinar.

ABIERTA la fisura en la traslación de elementos textuales, convenido el momento, el silencio, que toma su ser más allá de lo inerte o lo informe, cede al influjo del signo, la palabra, y ambos, a la tensión del pensamiento que forma la estructura del poema. En tal perspectiva, silencio y palabra, espacio en blanco y sonoridad, se afirman por la necesidad de dar a su relación el impulso necesario como para que el poema, en su conformación última, germine. En poesía, silencio y palabra, como placer y dolor, conjuntamente, indisolublemente, forman parte del mismo éxtasis.

SOBRE el poema, en su sustanciación, gravita toda una simbología que define y da fe de cuanto en él, y por él, trasciende. Ese equilibrio tiene lugar en una dinámica de valoraciones aleatorias. Verdad y mentira, entre sí, oponen el principio de su identidad, lo que no es puro accidente, aunque intercambien el sentido de aquello que sólo es reflejo de una equívoca subjetividad. El poema, en semejante confrontación, lo que pierde, cuando se hace realidad, es la simple significación formal de su apariencia temporal.

INICIADA la escritura, el poema, síntesis de un reino de abstracción, halla su acceso al sistema de realidades, dentro de un ámbito multidimensional. El azar, lo imprevisto, la disención, todos accidentes causales, siguen la ley común de la reversabilidad. Y el poema, que también tiene su movimiento browniano en ese espacio de realidades subjetivas, muestra, como última respuesta, el complejo de su objetividad. Poesía no es sólo migración de belleza hacia lo perfecto, ni asunción hacia lo que se puede prever, porque está implícito en un orden de traslaciones inmediatas, sino verdad que se revela en el instante mismo de hacerse poema.

EN un orden de materializaciones, se sabe cuándo el poema, antes de ser, es ya cosa muerta, ceniza. Establecida la estrategia, los símbolos predeterminados, luces o sombras, líneas o volúmenes, se relacionan en una espiral de vocación o conocimiento. La página accede a la serie de sucesivas determinaciones. Se perciben señales de alguna quiebra interior, voces, mínimos corpúsculos en plena desintegración. En ese desorden de vagas relaciones, el poema, que aspira a dilatar el espacio que el pensamiento translitera, sólo evidencia su envés, la oquedad en donde, sin sonido alguno, se inscribe el error.

LA poesía va más allá de todo entendimiento, se posesiona de todo espacio, habitada o no por la razón. Prevista ya en el momento de su concepción, muestra más de lo que la palabra convoca, y, tal el juego de un ectoplasma mutable, amalgamada con lo posible, se hace, en el signo implícita, evidencia de una realidad total. Pues relámpago cegador de un instante que se eterniza, la poesía, en su conformidad, más que concedernos gracia, nos acerca a la interna sima en donde a solas se conjura el ser que es nuestra representación.

MIENTRAS se sustancia el poema tiene lugar, conjuntamente, una sucesión de vaguedades que comportan una firme voluntad de transformación —destrucción de lo real y en seguida recomposición en otra perspectiva—, o, lo que es igual, una alternancia de negaciones y afirmaciones que en ningún caso se complementan. El poema está entonces a merced de ciertos significantes contradictorios, se vuelve un divagar insidioso, sin capacidad de vertebración, hasta tal punto que, ante lo previsible, que sería el poema en su forma prefigurada, llevan a éste a un hermetismo cuya salida, de no ser neutralizada, es su propia invalidación.

EL poema, cuando sólo es auscultación de la razón, se arriesga a ser un puro ejemplo de banalidad. En tal caso, su correspondencia con el mundo se deteriora, y, en un descenso hacia lo inútil, la verdad expresada en el grafismo no halla su equivalencia en la verdad que el pensamiento configura. La realidad, trascendida con no importa qué propósito, en la nueva circunstancia, apenas si se acomoda a otra representación. Y la poesía, que es lo inexpresable en una trama de asunciones temporales, deja de ser ese rostro interior que prevalece al tiempo y dice, si fiel, eternizándose, la esencialidad, y la existencialidad, del poeta.

ENTRE el repentino fulgor de la imagen, con frecuencia, se infiltra un elemento contradictorio, perturbador en apariencia, que, sin embargo, es el eje en torno al cual gira el hallazgo poético. Una cierta palabra, oponiendo su atmósfera a la general del discurso –lo establecido en la mente del poeta pero aún no escrito–, da acceso a lo inesperado, lo que tal suceso exige. La alianza luego con el latido último, el ritmo, hace que lo que fue sorpresivo, por su propio fulgor, si no se establece dentro de un espacio visualmente grato, se sustancie ahora en un texto desprovisto de la menor seducción.

ALCANZADA su atmósfera, de un modo natural, el poema no es sólo un intento de sugerir o afirmar hechos que no se explican por las incitaciones de la realidad sino por revelaciones interiores que, en cualquier circunstancia, proponen clarificar el fin último de la trascendencia del hombre, en este caso el poeta.

EL POEMA exige, en su voluntad de eficacia, una sucesión de sonoridades que no son más que el esquema de un lenguaje particular, exclusiva del poeta, apoyado en el propio metabolismo del texto y en la particular inflexión que toda asociación de signos determina. El propósito es crear, por la conjunción de elementos con cuidado elegidos, un sonido individual, diferenciado, que se imponga a la habitual resonancia que todo texto, por el uso de sus significaciones, tiene lugar en la mente del lector.

ABIERTO en su totalidad a lo representable, que en modo alguno es precisa descripción de ninguna determinada realidad, el poema debe llevar su expresionalidad a un estado de máxima tensión; que cada signo, en su concertación con los demás, contenga su núcleo de energía susceptible de producir, por unión o desintegración, otros núcleos menores secundarios, los cuales, en su conjunto, podrán ir configurando el sentido del discurso, la intención última del poeta.

EL poema representa, en síntesis, desde muy distintos planos, un cosmos individual, un universo proteico, sensorial, incluso táctil si se quiere, en donde lo imaginario propone, no lo posible, sino lo accesible a unos sentidos que invierten los planos entre realidad exterior e interior, entre realidad y sub-realidad.

EL propósito del poeta es configurar una poesía en acceso hacia lo que puede preverse, porque está implícito en un orden de traslaciones interiores, pero aún no revelado, y que emerge de un universo subjetivo a través de una elección de elementos comprobables, con la intención de proyectar, por medio de símbolos, la sensibilidad del lector hacia un devenir de realidades objetivas.

LA poesía es también una ascesis en el desierto del símbolo, esa extraña semejanza que aparece repentinamente entre un objeto de la realidad y un objeto invisible, sin embargo entrevisto entre lo inmediato y lo sospechado. La invención, unida a ese símbolo, hace posible la aparición, desde un plano existente, de un objeto inexistente, algo que sólo tendrá vigencia dentro de unas coordenadas trazadas en todo caso por una secreta razón.

LA esencia íntima del poema, como una savia particular, circula por dos vías simultáneas, auditiva y visual, cuyo punto de intersección tiene lugar en la mente del lector, al conjugar los signos y sus sonoridades, en cuyo caso, si la consecuencia de tal simultaneidad es eficaz, el resultado de semejante conjugación, inseparablemente de sus sugerencias o invenciones, es la gestación de un cosmos real, aunque interno, de todo punto superior.

EN el poema hay una fuerza que tiende hacia la posesión abusiva de todo lo circundante, y otra, a medida contrapuesta, que intenta de continuo, insidiosamente, evadirse de lo contingente. En el momento mismo de interceptarse ambas corrientes es cuando se produce el repentino destello, el deslumbramiento del misterio: la poesía.

TODO poema, al hacerse objeto, es decir, ser escrito y, por lo tanto, hacerse visible, exige las conexiones sensoriales del sujeto que las percibe con el supuesto juego de símbolos, convencionales o no, descompuestos y recompuestos en otro orden, para que la disposición de sus elementos exija una determinada estructura, a fin de que la visualidad del texto implique una cierta atracción, o mejor, una cierta coacción, necesaria, en el lector.

EL poeta encausa su circunstancia desde una posición subjetiva y entonces lo habitual es que el plano de su interioridad no se superponga con el plano de su exterioridad. Es decir, el poeta toma aquellos matices que percibe del mundo objetivo, en su línea más elemental, y crea, en sentido reflejo, por incidencia, lo que su ánimo intenta transferir: un estado, una sensación, o, simplemente, un modo de ver aquello que se le opone: el universo de las formas, la química de la razón o el desequilibrio de las percepciones, todo lo que trata de penetrarle o intenta formar parte de su sustancia real.

EL alma del verso es el alma del hombre que lo va componiendo, y el poeta, si expresa verdad, lo que deja en el poema es un sedimento de su vivir, pues está sometido de continuo a una corriente que responde justamente a la forma de aprehender la realidad y su misterio; discurre en el tiempo y, sucesivamente, lo que ofrece es un amplio espectro de estables impresiones que pueden ser consideradas complementarias unas de otras, porque están apoyadas, enraizadas entre sí. El poeta no polariza, pues, sólo el fruto de una vocación humana, sino también una esencia que comunicar o una existencia que trascender.

EN su función más directa, la poesía es una vía de exploración, un intento de profundizar, a través de las cosas que nos rodean y de los sentidos, en la contradictoria unidad del mundo. Es también un acto de comunión, por medio del cual el ser tiende a identificarse, en cada una de sus metamorfosis, con todo lo que vive o ha vivido paralelamente a su existir. O sea, el poema no es más que el reflejo escrito de un continuo encuentro del ser con su realidad.

LA poesía, si responde a lo esencial, puede crear, como manifestación humana, un estado de salud mental, una sensibilidad superior que permita aceptar el lado oscuro del mundo en donde el ser está inmerso, o, al menos, dejar en un cierto equilibrio esa realidad indiferenciada a que conduce hoy el uso sistemático de la técnica.

LA poesía conjuga la pasividad de los sentidos con la objetividad del sentimiento, es la sintaxis del alma de quien la escribe, no tiene rostro, pues no está en los signos que intentan expresarla. *La poesía es verdad porque es imposible.*

Córdoba, septiembre, 1959 / Madrid, enero 1997

Las palabras en cursiva de la página 53 pertenecen a Antonio Machado y las de la página 56 a Quinto Septimio Tertuliano.

INDICE

Deslizar la pluma por la superficie	11
En la conjunción de dos realidades	12
Vivida la experiencia en su profundidad	13
Las coordenadas del poema no son	14
La experiencia humana, en el texto	15
Una vez la escritura iniciada	16
El poema se nutre de materias.	17
Crece la línea, su aventura paralela	18
En medio de una transgresión de signos	19
La poesía tiene su propio espacio	20
La imagen, artificio fabulador.	21
Antes de su configuración, el poema	22
Pero ¿en dónde tiene lugar la propuesta...?	23
Ante una nueva revelación	24
Luz secreta para el lector.	25
Esa heredad, que es la hoja de papel	26
El texto escrito, más allá de su significación	27
Pero la escritura trasciende la blancura	28
En el curso de la fabulación	29
En el texto preconcebido	30
En el transcurso de la escritura	31
Conocidas las habituales interrelaciones	32
Cada verso, al integrarse en el poema	33
Sobre la hoja en blanco, el poeta.	34

Abierta la fisura en la traslación	35
Sobre el poema, en su sustanciación	36
Iniciada la escritura, el poema	37
En un orden de materializaciones	38
La poesía va más allá de todo entendimiento	39
Mientras se sustancia el poema	40
El poema, cuando sólo es auscultación	41
Entre el repentino fulgor de la imagen	42
Alcanzada su atmósfera, de modo natural	43
El poema exige, en su voluntad	44
Abierto en su totalidad a lo representable	45
El poema representa, en síntesis	46
El propósito del poeta es configurar	47
La poesía es también una ascesis	48
La esencia íntima del poema	49
En el poema hay una fuerza que tiende	50
Todo poema, al hacerse objeto	51
El poeta encausa su circunstancia	52
El alma del verso es el alma del hombre	53
En su función más directa, la poesía	54
La poesía, si responde a lo esencial	55
La poesía conjuga la pasividad	56

COLOFÓN

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE INTRATEXTO
DE MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA, NÚMERO
TRES DE LA COLECCIÓN DEVENIR/EL
OTRO, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 4 DE MARZO DE MIL NOVECIENTOS
NOVENTA Y SIETE EN LOS TALLERES
GRÁFICOS DE GRAFICINCO, S. A.
EDUARDO TORROJA, 8 FUENLABRADA
(MADRID)

